

## Cartas bien jugadas

### *Cartas sobre el amor y la destrucción*

LUIS EDUARDO HOYOS

Tusquets, Bogotá, 2019, 253 pp.

ESTE ES, a primera vista, un libro que resulta extraño y problemático en el reciente panorama editorial colombiano, como no lo deja pasar por alto el “Prólogo del editor”, firmado con las iniciales de quien en la cubierta figura como el autor, lo cual ya marca de entrada ese carácter extraño y problemático del que hablamos.

Pero no, corrijamos: en el hecho de que el editor del libro (editor en el sentido de *copy-editor*) sea al mismo tiempo su autor no reside realmente la compleja singularidad de *Cartas sobre el amor y la destrucción*. Reside en una cuestión que tampoco omite el mencionado prólogo y que, tras llegar al punto final del volumen, el lector se plantea bajo la siguiente pregunta: ¿es una novela o, como el prologuista lo afirma “sin duda”, es un “libro de filosofía”?

Para llegar a la respuesta, conviene, creo, empezar por el principio. Es decir, por describir en qué consiste el libro. Se trata de un epistolario entre Teresa Barragán, una profesora de filosofía, y Antonio Mariño, un estudiante de doctorado en epistemología analítica, ambos colombianos, ella radicada en Colombia y él en Alemania, y quienes recientemente han puesto fin de manera abrupta a una intensa y complicada relación amorosa. El libro recoge únicamente las cartas correspondientes al último año y medio de los tres años que dura su correspondencia. Son en total 28 cartas, 15 escritas por Teresa y 13 por Antonio. Tratan de asuntos variados, relacionados con su vida personal y su historia pasional, pero sobre todo de problemas filosóficos, de los cuales los dos principales –de ahí el título de la obra– son el amor y la destrucción (o autodestrucción) de la sociedad, en particular de la sociedad colombiana.

Sobre estos dos problemas (pues en filosofía todo objeto examinado es concebido como un *problema*), cada uno propone una teoría, que en cada caso resulta divergente y hasta contraria respecto a la del otro. En general,

todo el epistolario, sin anular el trato siempre cordial y afectuoso entre los dos correspondientes, tiene un tinte controversial que por momentos alcanza el grado de un fuerte y agudo debate.

Es Antonio quien defiende la teoría de la autodestrucción de la sociedad colombiana; Teresa la refuta y asegura que, por el contrario, durante el último siglo y medio la historia de Colombia ha sido una de construcción, si bien accidentada y violenta, de un Estado, una nación y unas instituciones sociales y políticas. Antonio no niega que existan “procesos constructivos”, pero cree que la “dinámica destructiva” es superior y que, en cualquier momento, puede sumir a la sociedad colombiana en el crimen, el engaño y la desconfianza generalizados. La causa de ello, según él, es que la nuestra es “una sociedad pre-hobbesiana, es decir, una sociedad en la que la mayoría de sus miembros no es capaz de deponer la satisfacción de su propio interés en aras del interés colectivo” (p. 165). La solución a esta anomalía, dice, depende de dos factores: por un lado, de una gran transformación cultural de la sociedad mediante la educación formal y la educación cívica, y por el otro, de la existencia de un Estado robusto, “fuerte *de jure* y fuerte *de facto*” (p. 169). Teresa rechaza esta idea del robustecimiento del Estado y plantea que son los individuos los que deben ser robustecidos; que el Estado no debe ser un proveedor paternalista de bienestar, sino fomentar el despliegue de la libertad individual y de las iniciativas privadas, que son las que darán lugar al desarrollo social. Finalmente, Antonio le propone a su interlocutora una suerte de negociación: estaría dispuesto a abandonar todas sus “elucubraciones” y aceptar las de ella con la condición de que ambos nieguen rotundamente “que matar sea fácil y que amenazar, matar o dominar arbitrariamente sean modos aceptables de conseguir propósitos políticos” (p. 187).

En cuanto a la concepción del amor, Antonio lo define como el proceso de formación de un “nosotros” estable en la intimidad y con la intimidad; propone que es algo intersubjetivo, ya que si no hay reciprocidad, no hay amor, solo enamoramiento. Ella le achaca a esa teoría la falta del elemento principal: el deseo. Cree que “la reciprocidad en el amor es siempre parcial y temporal, y dura y

persiste mientras hay deseo mutuo” (p. 237). Y agrega: “Nadie puede amar si no está enamorado. Y nadie puede estar enamorado sin deseo” (p. 243).

Pero, además de exponer y debatar sus teorías sobre el amor y la destrucción de la sociedad –es decir, sobre dos procesos que son antagónicos entre sí–, Teresa y Antonio le dan espacio en sus cartas a la narración de hechos y situaciones que les han sucedido o les están sucediendo, incluidos los relativos a su relación amorosa. Hay un hecho en particular que, fuera de las peripecias de su romance, alcanza la mayor relevancia en esta faceta narrativa del texto: el diagnóstico de cáncer a una tía de Teresa, quien es “la presencia femenina más importante” de su vida. La novedad se la comunica ella a Antonio en su sexta carta y, a partir de allí, siempre se referirá al asunto, contando los detalles de la evolución de la enfermedad hasta su decimosegunda carta, esto es, casi hasta el final del libro. La enfermedad de la tía Eloísa funciona como elemento de suspenso narrativo y fortalece por tanto el interés de la lectura, al tiempo que un tema conectado a tal suceso se convierte igualmente en objeto de la reflexión filosófica: la muerte y uno de sus modos, la eutanasia.

*Cartas sobre el amor y la destrucción* es, pues, un libro que combina el texto expositivo y argumentativo con el texto narrativo, pero sin duda las secuencias del primero no solo son más numerosas que las del segundo, sino que constituyen la columna vertebral de la obra. Es justo este rasgo el que nos lleva a preguntarnos si se trata realmente de una novela o de un ensayo filosófico novelado.

Además de las secuencias narrativas, contribuye a su condición de novela otra estrategia de la obra: algo que podemos llamar su envoltura ficticia. Con ello nos referimos a la invención, por parte de Luis Eduardo Hoyos, de varios elementos típicamente literarios: los personajes a los que atribuye el texto, el marco diegético en que los sitúa y el recurso que se conoce como el “manuscrito encontrado” (según dice Hoyos en el prólogo, parte ya del relato, el texto que vamos a leer es un manuscrito que le ha sido confiado por uno de sus dos redactores). Si lo meditamos bien, esta envoltura ficticia ya le

confiere una clara naturaleza novelesca a la obra, independientemente de que en ella predomine la reflexión sobre la narración. Podríamos concluir que *Cartas sobre el amor y la destrucción*, al contrario de la mayoría de las novelas, es una obra construida principalmente con un discurso teórico, abstracto, matizado por algunas pausas narrativas.

Si esta conclusión es correcta, entonces hay que definir el libro de Hoyos no como un ensayo filosófico novelado, sino como una novela filosófica, etiquetada a la que responden, como se sabe, no pocas piezas de la literatura del siglo xx. En cuanto novela, ofrece logros estéticos que no pasan inadvertidos, como el hecho de que, en la segunda carta, Antonio le cuente a Teresa el episodio de un pájaro que entra por una ventana de su apartamento y se estrella contra un espejo, y al cual él le da muerte para evitar que se prolongue su sufrimiento. Pues bien, hacia el final del libro, cuando se narra la eutanasia practicada a la tía de Teresa, el episodio del pájaro adquiere retrospectivamente el sentido de una metáfora o una alegoría.

Otro hallazgo es que el dato sobre la muerte de Teresa “en un accidente automovilístico en la autopista que de Sevilla conduce a Málaga en España”, que el lector conoce en las primeras líneas del prólogo, adquiere un gran valor emotivo en las líneas finales del libro, en las que Teresa, embarazada de su primer hijo, le dice a Antonio, en el *post scriptum* de su última carta: “Pasado mañana por la tarde partimos para Colombia, desde Málaga. [...] Después te contaré de España y de mi nueva vida”. Esta ignorancia de su inminente tragedia, por parte de Teresa, conmueve al poner de presente cómo el ser humano está a merced de la ironía cruel del destino.

Para ser una novela, *Cartas sobre el amor y la destrucción* tiene un excesivo contenido filosófico y poca oferta narrativa. Pero con hallazgos como los citados, y con su pulcra escritura, creo que Luis Eduardo Hoyos sale adelante en su arriesgada apuesta literaria.

**Joaquín Mattos Omar**